

AGENDA CIUDADANA

¿QUÉ ES EL FOXISMO?

Lorenzo Meyer

Nuestros “Ismos”.- ¿Qué es el foxismo? ¿Cuál es la esencia del primer gobierno del régimen democrático que se inició en el 2000 encabezado por un administrador de empresas a escasos tres lustros de haber desembarcado en el campo de la política?

Vista desde arriba y personalizada al extremo, la historia política del México independiente se puede dividir en una cadena de “ismos”. En el siglo XIX y para empezar, esta el santanismo, es decir, el dominio precario de un caudillo militar de un país casi sin Estado y donde los actores políticos (iglesia, caciques, logias, liberales, conservadores, republicanos, monárquicos, etcétera) actuaban en función de intereses incompatibles. El juarismo puede verse como la defensa de la constitución liberal de 1857 frente a sus adversarios --monárquicos y clericales, por un lado y comunidades indígenas por otro--, como el sostenimiento de una unidad precaria frente a poderosas fuerzas centrífugas locales y como resistencia nacionalista al proyecto imperial francés pero negociando apoyo con el proyecto imperial norteamericano. El porfirismo la dictadura personal que construyó el primer aparato estatal efectivo con base en una negociación sistemática con las élites locales, en un arreglo mutuamente benéfico con los inversionistas extranjeros y que desembocó en un orden oligárquico.

Entre 1910 y 1920, la Revolución Mexicana comprimió en el tiempo a por lo menos media docena de “ismos”: maderismo, zapatismo, orozquismo, huertismo, villismo y carrancismo. Tras el triunfo del último y donde obregonismo y callismo son variantes, el proceso se va espaciando hasta desembocar en uno donde culmina y muere el impulso radical: el cardenismo. En efecto, entre 1935 y 1938 crece, toca sus límites y empieza a recular, el impulso populista de la revolución. Es también entonces que desde la presidencia se fortalecen o crean las organizaciones de masas que van a dar forma y

contenido a un partido corporativista y de Estado, que se redistribuye la propiedad de la tierra y de los recursos naturales --reforma agraria y nacionalización del petróleo-- y que se limita al presidente --centro indiscutible del sistema político-- con la no reelección y la autonomía sexenal. El contenido del avilacamachismo, es un viraje a la derecha de lo que ya era un sistema autoritario, y que usando el contexto de la II Guerra Mundial --la “unidad nacional”-- rehace el arreglo con Estados Unidos. Luego, el alemanismo es simplemente la captura de la presidencia por los civiles y la consolidación definitiva del cambio a la derecha, aprovechando para ello las condiciones creadas en su entorno por la “Guerra Fría” y por la gran alianza entre la élite política y económica para la industrialización, protegiendo al productor interno y activando la inversión pública ahí donde la burguesía no podía hacerse cargo.

Los cinco “ismos” posteriores --ruizcortinismo, lopezmateismo, diazordacismo, echeverrismo y lopezportillismo-- fueron meras variantes del modelo y donde el estilo personal puso el acento en la negociación o la represión, en la estabilidad económica o el populismo. El delamadridismo es el inicio en 1982 de la adaptación --forzada por la gran crisis económica-- del modelo político autoritario a los requerimientos del neoliberalismo: dominio norteamericano, apertura a las fuerzas del mercado externo y desmantelamiento del sector paraestatal. El salinismo fue llevar hasta sus últimas consecuencias ese cambio; para ello se decidió, además del fraude electoral abierto, anclar la transformación en el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN), es decir, integrar a la economía mexicana a la norteamericana pero manteniendo un control abiertamente autoritario de los procesos políticos. Finalmente el zedillismo fue la decisión de mantener y preservar el nuevo modelo económico incluso a costa de la pérdida del monopolio político del PRI.

El Foxismo.- Dentro de la secuencia histórica anterior se puede intentar una definición del último “ismo” político mexicano: el foxismo, el proyecto político encabezado por Vicente Fox Quezada a raíz de su triunfo electoral en los comicios presidenciales de julio del 2000, apoyado por el PAN y por una parte sustantiva del voto independiente, que actuó movido más por el deseo de poner fin al dominio priísta que por identificarse con el proyecto panista. Ese apoyo permitió derrotar al PRI pero no impedir su mayoría relativa en el congreso.

De una manera tan esquemática como las anteriores, se puede definir al foxismo en su etapa inicial como la conquista, por la vía institucional, del poder presidencial por la derecha democrática, pero que tuvo que aceptar iniciar su actuación dentro del marco del viejo Estado priísta. Para resolver la inevitable contradicción entre una presidencia de origen democrático y un entorno estatal –burocracia federal, gobiernos locales, sindicatos, grupos económicos-- dominado por las antiguas fuerzas autoritarias, el foxismo debió proponerse como proyecto el emplear los medios a su disposición – fundamentalmente la presidencia apoyada por el PAN y por la nueva legitimidad democrática-- para “colonizar” al resto del Estado y transformarlo de obstáculo en instrumento para la consolidación del cambio democrático.

Las consideraciones teóricas nunca fueron el fuerte del foxismo. Sin embargo, revisando el discurso, se puede encontrar las líneas del proyecto original. En el discurso de toma de posesión hay el propósito y la confianza en la posibilidad de triunfar pacíficamente, luchando desde dentro, sobre las fuerzas del pasado:

“El gran reto de la reforma del Estado es inaugurar un nuevo futuro político, después de 71 años. Ello nos obliga a ser audaces para romper paradigmas, inercias y atavismos” y más adelante añadió: “Sólo por la vía de franquear el paso a una era de democratización profunda de la vida nacional, la reforma del Estado podrá satisfacer

las expectativas sociales de cambio.” La alternancia por si sola no podía ser la meta y el flamante presidente propuso: “Invito a todos los que tienen competencia para conducir la reforma del Estado a que juntos propongamos al país las iniciativas necesarias para un cambio sustantivo de régimen político. Procedamos con sensatez y valentía a demoler todo vestigio de autoritarismo y a edificar una democracia”.

El “Guerrero Feliz”.- En ese primer momento, con un PRI aturdido y desmoralizado por su derrota pero que mantenía el control de casi todo el aparato político, un Vicente Fox lleno de entusiasmo y confianza en su capacidad de llevar a cabo el “cambio sustantivo”, asumió el papel del “guerrero feliz” que sabe que su causa es justa y que por ello el triunfo no es sólo factible, sino inevitable. Desde el balcón del Palacio Nacional aseguró entonces al conjunto de los mexicanos: “Hoy volveremos a soñar en una nación donde se viva la prosperidad económica y se sienta la justicia social”. A tres años de distancia ese sueño es ya una pesadilla.

El modelo económico neoliberal implantado por Miguel de la Madrid y Carlos Salinas a raíz de la crisis de 1982 y consolidado por Ernesto Zedillo, fue criticado por Fox pero en realidad es compatible en lo central con las ideas y valores del foxismo. En cualquier caso, el presidente y su equipo dieron por sentado que el factor externo, es decir, la economía norteamericana, mantendría la conducta seguida hasta entonces, lo que sostendría al modelo. Por eso, el desafío principal a ojos de los nuevos dirigentes, apareció bastante claro: “el cambio –dijo Fox en el informe del 2001-- no sólo significa hacer las cosas diferentes. Significa hacerlas mejor. Hacerlas bien”. En realidad, en la frase sobraba el “sólo”.

En algún momento, el presidente etiquetó su visión de la política como un “humanismo moderno, emprendedor y socialmente responsable”. Nunca definió con exactitud cual era el contenido de tamaños términos, pero aparentemente deberían

significar que las reglas democráticas que habían operado a nivel federal llegaran a dominar en el resto de los niveles –el estatal y el municipal—, así como introducir la honestidad, la responsabilidad y el respeto a la ley en el manejo de los bienes públicos y en el desempeño de las tareas cotidianas de la administración. Honradez, sentido común, sensibilidad frente a las demandas de los ciudadanos y cercanía con el mexicano común y corriente parecieron ser los requisitos para el éxito y la esencia del cambio foxista.

La transformación de un régimen es el momento más complicado de la política en cualquier época y lugar. Ese momento peculiar está lleno tanto de posibilidades como de incertidumbres y peligros. Para salir adelante se requiere no sólo de optimismo, sueños y buena voluntad, sino de una claridad que se puede calificar de brutal por parte de quienes se proponen destruir lo viejo y edificar lo nuevo. En cualquier caso, es indispensable un conocimiento a fondo y objetivo –sin ilusiones-- tanto de las fuerzas propias –en este caso del pequeño grupo de foxistas, del PAN y de la manera de mantener y encauzar el respaldo popular que mostraron urnas y encuestas-- como de las del adversario, es decir, del PRI y de todos sus cuadros dentro de la administración pública, de los intereses creados y del resto de los actores políticos, económicos, sociales, culturales, etcétera. Para hacer frente al refinado maquiavelismo del antiguo orden mexicano, era indispensable una gran dosis de realismo, astucia y de voluntad para, sin incurrir en ilegalidades, usar a fondo todas las armas éticamente permitidas de la política. Todas, sin excepción y sin titubear.

Desafortunadamente, Fox, el “guerrero feliz”, y los suyos no elaboraron un mapa claro de ruta y sus complejidades para llegar a la meta. En cosa de meses el foxismo mostró que no tenía ni idea de que hacer para enfrentar los efectos de la depresión económica norteamericana ni, menos, previó la gran capacidad de recuperación del adversario priísta. Tampoco supo que hacer para contrarrestar a un enemigo que estaba

en todas partes: dentro del gabinete, en la casa presidencial, en las secretarías y, desde luego, en la mayoría de los gobiernos locales. Quiso atacar y negociar con un adversario que tenía toda la intención de sabotear sistemáticamente las iniciativas del proyecto foxista para desacreditar la idea misma del cambio político y poder así construir la oportunidad de recuperar en el 2006 el poder perdido.

El Foxismo a la Mitad del Camino.- La victoria del PRI en las elecciones del 2003, significó la desaparición de una segunda y última oportunidad del foxismo. Es en este contexto, que la semana pasada tuvo lugar una muy significativa reunión en la casa del gran empresario regiomontano González Barrera –dueño de Maseca y Banorte y muy ligado a Carlos Salinas y a su familia—, entre un Fox enteramente solo y la plana mayor del PRI –Carlos Madrazo, los coordinadores parlamentarios y once gobernadores. El objetivo del encuentro informal fue llegar a un acuerdo de principio en torno a las tan buscadas y nunca encontradas reformas propuestas por el presidente al congreso desde hace años: fiscal, energética, etcétera. Lo anterior más otros indicios, lleva a suponer que, a estas alturas, el foxismo está a la defensiva y que será lo que el PRI le permita ser. Si el proyecto original era usar a la presidencia ganada democráticamente como el enclave a partir del cual un liderazgo surgido del mundo de la empresa dirigiría a los suyos a pasar del asalto y conquista inicial del Palacio a la del resto del aparato estatal, el objetivo sería relegar al PRI, al autoritarismo y a la corrupción sistemática a las páginas de la historia. Sin embargo, hoy todo apunta a que el resultado final puede ser uno muy diferente. En efecto, el proceso iniciado hace tres años bien podría terminar en el 2006 con una presidencia sitiada por el PRI y que para sobrevivir tuviera que asumir como propias las grandes líneas dictadas desde el otro lado de sus maltrechas murallas.

Es verdad que la historia del foxismo no es la de México, pero en ausencia de factores que permitan suponer un cambio de tendencias, es claro que hoy la

responsabilidad de que ocurra o no una restauración priísta en el 2006, corresponde a terceros actores –los otros partidos— y a una sociedad hoy por hoy bastante desilusionada y fragmentada. El futuro no luce prometedor, pero la peor actitud que se puede asumir es la resignación. El foxismo no es la única posibilidad de cambio.